

Hacia la colectivización del cuidado. *La Mainada*, una experiencia de crianza compartida

Towards the collectivization of care.
La Mainada, an experience of shared parenting

Alejandra Araiza Díaz¹

araizale@yahoo.es

Robert González García¹

rgonza67@gmail.com

Resumen. Este artículo pretende analizar un componente muy puntual del trabajo reproductivo que tiene que ver con el cuidado. En concreto, la crianza y educación de los niños y las niñas de entre 1 y 6 años. En el actual panorama, las soluciones que suelen proponerse a los agentes implicados tienen que ver con el papel de las empresas o el Estado en aras de delegar en ellas la responsabilidad del cuidado y la educación de nuestros hijos e hijas. En cambio, experiencias como la de *La Mainada* -una organización de participación social y el estudio de caso aquí presentado- apuntan a la autogestión y a compartir responsabilidades para una colectivización del cuidado.

Palabras clave: bien común, cooperativismo, cuidado, economía feminista.

Abstract. This article analyzes a very specific component of reproductive work that has to do with care. Specifically, the upbringing and education of children between 1 and 6 years of age. In the current scenario, the solutions often proposed to the players involved have to do with the role of the Market or the State in order to delegate to them the responsibility for the care and education of our children. Instead, experiences such as *La Mainada* – an organization of social participation and the case of study that we present here – point to self-management and to sharing responsibilities for a collectivization of care.

Keywords: care, common good, cooperatives, feminist economy.

Introducción

El presente artículo es una primera aproximación a un tipo de experiencias de lo común que ha crecido en los últimos años de la crisis económica en los países europeos, la crianza compartida. El primer objetivo del artículo es sistematizar una experiencia concreta de economía social para dar difusión académica y al público en general de este tipo de alternativas

orientadas a la crianza y la educación en comunidad fuera de los ámbitos empresariales y estatales. El segundo objetivo es sistematizar una experiencia concreta que surgió en Barcelona, con aras a que su conocimiento pueda servir para replicar experiencias similares en el resto de Iberoamérica.

Se utiliza la metodología del estudio de caso y la sistematización de experiencias. Por otro lado, también se usa una suerte de autoet-

¹ Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades. Carr. Pachuca-Actopan Km. 4, Col. San Cayetano, C.P. 42084, Pachuca, Hidalgo, México.

nografía, ya que los autores de la investigación formaron parte de la organización de participación social La Mainada². Es así que se trata de un estudio que entroncaría con las metodologías participativas como la investigación activista (Col·lectiu Investigació, 2005).

Los dos primeros apartados abordan las perspectivas teóricas que nos permiten acercarnos a este fenómeno desde las ciencias sociales. En concreto, la teoría de género y la economía feminista.

Los apartados 3 y 4 suponen el marco histórico del estudio, ya que, por un lado, sitúan la experiencia de La Mainada en el contexto del resurgir del cooperativismo en el barrio de Gràcia de Barcelona (Catalunya), uno de los lugares del mundo donde esta expresión de organización social comunitaria ha tenido mayor relevancia a lo largo de la historia. Y, por otro, se realiza una breve historia de las experiencias de este grupo de crianza desde su surgimiento en 2012 hasta la actualidad (2016), sin obviar el contexto concreto de la crisis económica actual y de las alternativas autogestivas y colectivistas a la misma.

Finalmente, el apartado cinco y las conclusiones suponen el análisis del caso a la luz del marco teórico desplegado, que nos conducen a afirmar que el cuidado es un bien común y que su colectivización subvierte el actual escenario de crisis capitalista.

Trabajo doméstico y cuidado. Claves desde la teoría de género

No es casualidad que uno de los principales focos de análisis de la teoría feminista (especialmente la marxista) haya sido el relacionado con el trabajo doméstico y el cuidado. Por un lado, el trabajo doméstico no deja de ser una tensión relacionada con el conflicto capital-trabajo. Asimismo, las teóricas del género empezaron a dilucidar otra relación dicotómica. Nos referimos al trabajo productivo/trabajo reproductivo, que por supuesto va de la mano con la tensión entre el espacio público/espacio privado.

Diversas teóricas argumentan que, tradicionalmente, los hombres han tenido la posibilidad de salir al espacio público y son quienes se han encargado del trabajo productivo;

mientras que las mujeres han estado recluidas en el espacio privado encargándose del trabajo reproductivo. Esto es lo que se conoce como *división sexual de trabajo*, y que -como hemos encontrado en distintas autoras (Ezquerro, 2010; Izquierdo, 2004; Torns, 2008)- debería repensarse a la luz de las situaciones actuales vinculadas al trabajo y a las relaciones de género.

En efecto, después de algunas movilizaciones feministas (primera y segunda ola), las mujeres comenzaron a “salir” y a ser parte del mercado laboral. ¿Se modificaron las relaciones entre hombres y mujeres, en cuanto a las relaciones de género, por este motivo? Hasta cierto punto sí, pero no todo lo que desearíamos. Así, Izquierdo (2004) describe algunos cambios en lo referente a la división sexual del trabajo y plantea que, en un panorama de ganador de pan-ama de casa, los salarios que establecían las empresas eran familiares. Hoy encontramos cada vez más gente joven que trabaja por menos dinero y derechos. Por tanto, el salario familiar se convierte en salario individual. Sin embargo, lo que no ha cambiado es la práctica de externalizar en las familias -léase las mujeres- tanto las actividades del cuidado como sus costes. Ello termina traduciéndose -en muchos casos- en mujeres que realizan una doble jornada o en mujeres que delegan en otras mujeres estas actividades domésticas y de cuidado.

Por su parte, Ezquerro (2010) advierte que, desde hace tiempo, en los países occidentales, se está hablando de una crisis de los cuidados. Algunos de los principales factores son: el envejecimiento de la población, la incorporación generalizada de las mujeres al mercado laboral³, así como los efectos privatizadores que tienen las políticas neoliberales sobre el otrora Estado del bienestar. Ello ha incrementado las cargas y responsabilidades de muchas mujeres que tienen familiares dependientes a su cargo y ha visibilizado la falta de cuidados de muchas personas con autonomía restringida.

Y, aun cuando el asunto de la reproducción y el cuidado de las personas ha sido concebido -desde la perspectiva económica y política- como algo del orden de la vida privada, desde una óptica feminista es innegable que asistimos a una invisibilización de un tipo de trabajo que no ha estado comúnmente

² La palabra catalana *mainada* no tiene una traducción literal en lengua española y significa “conjunto de niños y niñas”.

³ Con ello no pretendemos decir que no es un avance que las mujeres se hayan incorporado al mercado laboral o que la crisis de los cuidados -que las afecta principalmente a ellas- además la han causado ellas mismas al decidir trabajar fuera de casa.

remunerado. Así, mientras que el cuidado es tradicionalmente considerado dentro de la lógica del bienestar y la solidaridad entre las personas, el sistema capitalista reposa sobre otra lógica: la del beneficio económico, la acumulación y la desigualdad. Lo curioso es que, aunque se considere que el cuidado es parte de una mera cuestión reproductiva, también favorece al sistema productivo; no es solo un apéndice de este -dice Ezquerra (2010). Es decir, el par dicotómico trabajo productivo/trabajo reproductivo oculta que para que haya producción es necesaria la reproducción y que ésta en sí misma es un trabajo. O como dice Amaia Pérez Orozco:

Ante esta epistemología perversa, la cuestión no es solo visibilizar que, además de producir bienes y servicios, también se reproducen personas. Sino señalar que ambos procesos no están escindidos, que la producción solo nos importa en la medida en que reproduce vida (Pérez, 2011, p. 41).

Por su parte, Silvia Federici (2012) habla del trabajo reproductivo como un trabajo que se hace “por amor”. Dice que es importante reconocer que cuando hablamos de trabajo doméstico no estamos hablando de un empleo como cualquier otro, sino que nos ocupa la manipulación más perversa y la violencia más sutil del capitalismo, pues se ha rodeado al trabajo doméstico de un halo de “naturaleza femenina” para ocultar el hecho que se trata de un trabajo muy útil para el capital y que, además, es absolutamente gratuito.

Para complicar el actual panorama, el debilitamiento de la familia extensa como red de apoyo y la poca o nula participación de los varones en este tipo de tareas hacen que recaiga sobre las mujeres una sobreexplotación que se traduce en una “doble presencia ausencia” (siguiendo la idea de Izquierdo, 2004). De esta forma, algunas mujeres recurren a comprar una presencia y un cuidado mercantilizados que las más de las veces son ejecutados por mujeres pobres o inmigrantes de manera no regulada. Por tanto, se habla cada vez más de cadenas de cuidados para referirse a esas cadenas migratorias de mujeres que migran de los países pobres a Europa o Estados Unidos para realizar trabajo doméstico y cuidar a los hijos e hijas de otras mujeres, dejando a sus propios hijos/as al cuidado de otras mujeres, y así sucesivamente (Ezquerra, 2010).

¿Y cuál es la respuesta del Estado frente a esta problemática? Por una parte, el Estado

no crea suficientes soluciones ni políticas públicas que vayan encaminadas a socializar el cuidado, pues no se ve este como una necesidad ciudadana -sugiere Izquierdo (2004). Así, en el trabajo que representan las mujeres, los hombres quedan liberados de su responsabilidad vital y ganan tiempo libre para hacer otras cosas. De esta manera, las empresas se ahorran costes de producción de la vida humana, y el Estado solo asume una responsabilidad parcial y limitada de las tareas del cuidado (Izquierdo, 2004). En efecto, ni Estado ni empresas promueven una verdadera conciliación entre la vida laboral y la vida familiar. Y siguen siendo las mujeres las que asumen la carga del cuidado, ya sea porque son amas de casa, porque realizan una “doble jornada” o porque delegan el cuidado en otra persona, pero la sociedad sigue asumiendo que esta tarea corresponde a las mujeres. ¿Cómo escapar de ahí? Una de las soluciones tiene que ver con la colectivización de los cuidados, como vamos ir hablando a lo largo de este texto.

Colectivización del cuidado y crianza compartida. Apuntes de economía feminista

Cristina Carrasco comenta que la sostenibilidad de la vida humana es un asunto que se encuentra en tensión frente al sistema productivo capitalista. “Entre la sostenibilidad de la vida humana y el beneficio económico, nuestras sociedades patriarcales capitalistas han optado por este último” (Carrasco, 2001, p. 55). Tenemos aquí un conflicto que se intensifica cuando las mujeres se incorporan al mercado de trabajo y tienen que encargarse también de los cuidados dentro del ámbito doméstico. Quizá por ello diversas autoras feministas hablan de doble presencia/ausencia, para simbolizar el estar y no estar en ninguno de los dos lugares, con todas las limitaciones que esto conlleva.

Cristina Carrasco (2001) plantea tres posibles escenarios futuros: (a) seguimos manteniendo el foco en los beneficios del sistema productivo, los hombres se encargan de realizar este trabajo y las mujeres de hacer los dos; (b) el Estado y otros servicios privados ofrecen alternativas que liberen a las mujeres de esta carga de trabajo; o (c) cambiamos el paradigma e intentamos mirar el mundo desde la perspectiva de la reproducción y la sostenibilidad de la vida. Creemos que la experiencia que

estamos presentando aquí va en esta dirección: en la de ver el mundo desde otra perspectiva y en la de poner el bien común en el centro.

De esta forma, uno de los elementos que nos parecen centrales en el trabajo de Cristina Carrasco es el de la visibilización de los cuidados como universales e inevitables, como ejes vertebradores de una nueva economía. Incluso, la autora menciona que la sostenibilidad de la vida también puede denominarse *cuidadanía* (Carrasco, 2009). Parece ser que los cuidados son necesarios para sostener la vida y la forma en que los practiquemos, los colectivemos, los impartamos, etc. es, sin duda, una práctica (micro) política.

Nos parece que desde el concepto de sostenibilidad de la vida de Vandana Shiva (1992) hasta esta idea de *cuidadanía* de las feministas españolas hay otro elemento muy importante a resaltar y es la búsqueda de una economía feminista, pues en un entorno -como el ibérico- marcado por una tremenda crisis económica es pertinente visibilizar la “teocracia mercantil”. Esta idea fue descrita por Amaia Pérez Orozco (2011) para hablar de la mirada hegemónica que se nos impone para pensar la crisis. Pareciera que los mercados financieros, sus procesos, lógicas y necesidades están en el centro de atención y frente a ellos el conjunto social es unilateralmente dependiente. En cambio, desde el feminismo, el capitalismo financiero es cuestionado. Pérez Orozco (2011) nos invita a poner el acento en qué vida sostener y cómo hacerlo. Si bien el capitalismo heteropatriarcal nos plantea como objetivo de vida que merezca la pena ser vivida la búsqueda incesante de la autosuficiencia en y a través del mercado, la crisis muestra que esto es tremendamente frágil, es solo un espejismo.

Así, en el marco de la economía feminista se propone buscar alternativas para la sostenibilidad de la vida y una de ellas tiene que ver, sin duda, con la búsqueda del bien común y una salida decrecionista, pues -tal y como afirma el Grupo de Feminismos Desazkundera (2013)- el trabajo reproductivo y de cuidados de las personas y de la naturaleza siempre será más importante que el trabajo “productivo” remunerado. De esta manera, mientras que la lógica del capital persigue la acumulación y el aumento constante de la productividad, el decrecimiento busca poner el cuidado de la naturaleza y de las personas, así como las relaciones de las mismas y con la naturaleza, en el centro de todas las políticas de una sociedad futura. El decrecimiento conlleva también -prosigue el Grupo de Feminismos Desazkundera (2013)-

recuperar los saberes femeninos infravalorados que se han ido acumulando tras largos años de dedicación al trabajo reproductivo.

Desde la economía feminista, se debería apostar también por la relocalización de los cuidados, una propuesta que no ha sido abordada suficientemente desde el decrecimiento y que va en consonancia con la universalidad y la libre circulación de las personas (Grupo de Feminismos Desazkundera, 2013). Es más, en palabras de las autoras:

Estructuras de convivencia social comunitarias (frente a la familia nuclear) reducen el volumen de bienes de consumo per cápita e impulsan relaciones personales menos atravesadas por el poder y la jerarquía. Esto, a su vez, favorece la construcción de autonomía e interdependencia de cada componente de la comunidad (siempre y cuando se trabaje conscientemente en la construcción de relaciones igualitarias). Además, reducen el individualismo y generan estructuras autogestionadas y colectivas para el cuidado de las personas (Grupo de Feminismos Desazkundera, 2013, p. 20).

Por eso, no es de extrañar que, como ejemplos de alternativas decrecionistas feministas, el Grupo de Feminismos Desazkundera (2013) proponga: huertos comunitarios, redes de padres y madres por la crianza y el cuidado, *co-housing* o espacios de trueque. Pues bien, nos atrevemos a afirmar que la reciente proliferación, en ciudades como Barcelona, de grupos de crianza compartida va totalmente en esta dirección. Aun cuando los grupos no hagan en su interior reflexiones feministas, sí que puede decirse que sus prácticas (micro) políticas van en concordancia con los principios de la economía feminista -tal como vamos a argumentar en los siguientes apartados.

Cooperativismo en la Catalunya actual

A pesar de que la forma legal de La Mainada es la de asociación civil, sus funciones, forma organizativa y filosofía entroncan directamente con la tradición cooperativista catalana. Por este motivo, en este apartado se aborda la especificidad y fuerte peso histórico de las cooperativas en Catalunya y su resurgir al calor del nuevo ciclo de luchas contra la globalización neoliberal desde mediados de los años noventa del siglo XX.

El cooperativismo ha ganado adeptos en estos últimos años de crisis económica mundial. Tanto desde los medios convencionales, como desde los alternativos, desde las admi-

nistraciones públicas y desde los movimientos sociales, ya nadie lo considera una antigualla marginal, sino que va asociado a honestidad, cooperación, compromiso social, participación y perdurabilidad, valores nuevamente prestigiados ante la evidencia de que esta crisis obedece en el fondo a la desaparición de esos mismos valores en múltiples ámbitos sociales y económicos (García, 2010).

Pero -para hablar del cooperativismo catalán- tenemos que navegar por el cauce revolucionario del asociacionismo proletario del siglo XIX. La solidaridad obrera, primero clandestina, con cajas de resistencia y mutualismo, originó una verdadera sociedad cooperativa que tuvo su momento de esplendor en el primer tercio del siglo XX. El primer precedente fue muy temprano, en 1840, con la Asociación de Tejedores, que sin tomar todavía el nombre de cooperativa se convirtió en una de las primeras experiencias de propiedad colectiva industrial en el mundo, ensayó el mutualismo ocupando a los trabajadores desempleados y actuó de cobertura para actividades revolucionarias y clandestinas (Joaniquet, 1965).

Pero el cooperativismo catalán trascendió el mundo de la producción y se extendió a otros ámbitos como el consumo. En 1864, en el ámbito del incipiente republicanismo y federalismo catalanista, se fundó "La Econòmica Palafrugença", con 78 socios que se agrupaban para adquirir productos alimentarios y de consumo doméstico de forma comunitaria. En la década de 1870, debido a ciertas facilidades legales del Sexenio Democrático, aparecieron múltiples cooperativas de producción y de consumo, entre ellas la de Tejedores a Mano en el barrio de Gràcia o la Fraternitat en la Barceloneta, ambas en Barcelona, donde se celebró la primera asamblea de cooperativas catalanas en 1898. La cooperativa graciense creció tanto que en 1928 inauguró un teatro para disfrute de sus socios, que actualmente es el Teatreneu de la calle Terol. El dinero que ahorraban con la eliminación de intermediarios lo dedicaban a la obra social, que incluía actividades culturales como las que justificaban la construcción de teatros. Otro caso similar fue el del Teatre Lliure, la antigua Lealtad también en el barrio de Gràcia de Barcelona (França, 2013).

El objetivo con el que se creaban las cooperativas era suprimir al intermediario, el burgués que tenía la tienda, y así generar unos beneficios

que eran reinvertidos socialmente. Sirvieron también para empoderar las huelgas, ya que permitían la supervivencia de los obreros cuando no cobraban su sueldo (Miró y Dalmau, 2014)

El cooperativismo catalán siguió creciendo en número, diversidad de tendencias (anarquistas, marxistas, federalistas, republicanos) y territorios. En 1918, se creó la Federación de Cooperativas de Cataluña, y en 1929, impulsada por cooperativistas catalanes, se creó la Federación Nacional, de ámbito español. La II República Española (1931-1936) supuso la institucionalización y regulación del cooperativismo con la aparición de la Ley de Cooperativas de 1931 y la Ley de Bases de Cooperación de 1934.

La Dictadura militar fascista del General Franco supuso a la práctica la desaparición del movimiento cooperativista autónomo, debido a la represión contra el movimiento obrero y las clases populares propia del régimen que se impuso en España entre 1939 y 1975. A nivel formal, siguió existiendo la fórmula cooperativa, pero las principales cooperativas de consumo y de producción catalanas fueron clausuradas y sus bienes pasaron a Ayuntamientos o a los organismos sindicales y políticos fascistas. A pesar de ello, el régimen fascista promovió un cooperativismo controlado por el Estado que llegó a tener cierto auge en Cataluña, ya que la tradición cooperativa era muy fuerte.

El espíritu colectivista catalán explica fenómenos como L'Espigoladora, en el barrio del Camp d'en Grassot (distrito de Gràcia) fundada en 1907. La cooperativa duró hasta 1988. Durante el franquismo, era de los pocos núcleos de socialización, aunque estaba intervenida y las reuniones debían hacerse con la presencia de dos policías. Sin embargo, duró hasta finales del 80, ya en los inicios de la ofensiva neoliberal (França, 2013).

Algunos autores hablan de tres olas de cooperativismo, coincidentes con los tres ciclos de protesta de la historia contemporánea. Una primera emparentada con el ciclo del movimiento obrero y la primera oleada del feminismo (1848-1939), una segunda emparentada con el ciclo de los nuevos movimientos sociales (1968-1977) y en el contexto de la crisis del fordismo y la crisis del petróleo, que coincide con la segunda oleada del feminismo. Y, una tercera (1994-2014), que va desde el movimiento altermundista hasta el 15M, y que coincide con la tercera oleada del feminismo⁴. En esta

⁴ Sobre las tres oleadas del feminismo ver González y Araiza (2016).

tercera ola de la economía solidaria, formada por los nuevos grupos de consumo cooperativos vinculados a la alimentación ecológica, pequeñas cooperativas de trabajo del mundo cultural, bancos éticos, etc., han surgido de las sinergias con los movimientos sociales de mediados de los noventa hasta los primeros años del nuevo siglo, en un diálogo entre la autoorganización de las luchas (democracia directa) y la autoorganización del consumo, del trabajo y del ahorro (democracia económica) (Miró, 2010).

La crisis económica de 2008 y las respuestas sociales contra la misma como el 15M están dando un cuarto impulso a la economía cooperativa que le permite superar los círculos activistas de los años 90 y primeros 2000 y llegar a amplias capas sociales que buscan en la economía social una alternativa a la mercantilización y a la retirada del Estado del Bienestar (Valenzuela *et al.*, 2015).

En ese contexto se sitúa el florecer de los grupos y cooperativas de consumo en Cataluña (unos 100, 12 de ellos en Gràcia) y también -como es el caso que nos ocupa- el de los grupos de crianza compartida. En el barrio de Gracia en los años 2011 y 2012 nacieron simultáneamente cinco grupos de crianza compartida (La Mainada, Els Pinyons, Los Minhocas, Sommiatruites y Corazoncito de León), mediante los cuales unas 40 familias iniciaron una experiencia de cuidado y educación comunitaria de los niños.

El caso del Grupo de Crianza Compartida La Mainada

El nacimiento de La Mainada obedece a una doble génesis. Por un lado, los grupos de acompañamiento a la maternidad que se forman alrededor de la academia Yoga con Gràcia, y, por el otro, la coincidencia generacional-vital de militantes del barrio y otras redes de activistas. En concreto, la idea de formar un grupo de crianza compartida surge de dos familias cuyos miembros masculinos se conocían de la militancia estudiantil de los años 90 y otras luchas sociales y barriales de los 2000. Estas dos familias convocaron a otras que provienen de esos dos orígenes: los grupos de yoga para embarazadas y de apoyo a la lactancia, así como redes de activistas. Las primeras asambleas contaron con la asistencia

de hasta nueve familias que habían dado a luz a sus criaturas en 2011. Las mamás -más allá de las asambleas- empezaron a encontrarse en espacios informales (parques y plazas del barrio) para acompañarse en la crianza de los primeros meses de vida de sus respectivos hijos/as. Las bajas de maternidad, la precariedad laboral y el desempleo estaban en el contexto de estos encuentros a los que también acudían -aunque en menor número- los hombres.

El proceso de formación de la Mainada fue radicalmente asambleario, y los debates sobre proyectos pedagógicos, aspectos prácticos y organizativos resultaron intensos y apasionantes. Finalmente, después de seis meses de asambleas, encuentros en los parques y altas y bajas entre las familias interesadas, en septiembre de 2012 empezó a funcionar el Grupo de Crianza Compartida La Mainada, en un peculiar centro social del vecino barrio de la Sagrada Familia: Aurea Social de la Cooperativa Integral Catalana.

En ese momento, el número de familias fundadoras fue de seis. Tres fueron las decisiones más cruciales para echar a andar el proyecto. En primer lugar, la cuestión de la contratación de una educadora/acompañante externa a las familias y con formación en educación libre. El grupo decidió contratar a una persona, después de un proceso de selección apoyado en la Xarxa d'Educació Lliure⁵.

La segunda decisión importante fue la necesidad de tener un local físico para desarrollar algunas de las actividades. Por un lado, algunas familias defendían la posibilidad de que el grupo funcionara al aire libre, es decir, en los parques y calles del barrio de Gràcia y de Barcelona en general. Este era el modelo del grupo de Crianza Compartida Corazoncito de León. Por otro lado, los precios de los locales de alquiler en Barcelona encarecerían demasiado un proyecto que quería ser incluyente y no podía obviar la situación de desempleo y precariedad laboral de la mayoría de sus miembros. La oportunidad de usar un espacio en Aurea Social sin costo económico facilitó la viabilidad del proyecto y el intercambio con otras experiencias cooperativas que tenían lugar en ese centro social. Aun así, el espacio era muy pequeño y la mayor parte de la actividad se llevaba a cabo en el exterior, gracias a la primera inversión económica del grupo, un carro para transportar a los seis pequeños.

⁵ En español, Red de Educación Libre.

En tercer lugar, además de la cuestión del nombre, un elemento que generó arduos debates y no pocos problemas logísticos fue la cuestión de la cantidad y la calidad de la presencia de los *pamadres*⁶ en el día a día del proyecto. El horario de La Mainada como grupo de crianza compartida alternativo a las guarderías tanto públicas como privadas era de 9 a 14:30h. Pero se consideraba que la excesiva ratio de las guarderías y la poca implicación de padres y madres eran fuente de un acompañamiento y un cuidado de poca calidad y calidez para los niños. Ese primer año se decidió que la ratio adultos/as-niños/as sería de 1 adulto/a cada dos niños/as; y, por tanto, dos *pamadres* estarían con la educadora/acompañante cada mañana. La corta edad de los niños/as, los desplazamientos al parque, la preparación de la comida, el cambio de pañales, el mantenimiento, acondicionamiento y limpieza del lugar eran también elementos que justificaban una implicación muy intensiva de padres y madres en un proyecto de marcado carácter autogestionario.

El primer curso terminó con las seis familias que lo habían iniciado, pero con la paulatina fusión con el grupo Corazoncito de León (que también tenía su propia educadora/acompañante), lo que permitiría a la postre la lenta retirada de la implicación de los *mapadres* en los turnos. La necesidad de reincorporarse al mercado laboral y la sensación de que el funcionamiento pedagógico del proyecto mejoraba con una mayor centralidad de las educadoras/acompañantes generaron esta evolución.

Por otro lado, la pequeñez del local, la turistificación masiva de la Sagrada Familia y cierto apego al barrio de algunas de las familias que iniciaron el proyecto provocaron un cambio de local. Así, en septiembre de 2013, el curso inició en otro espacio compartido dentro de *Experimentem amb l'Art*, donde nos cedieron un espacio de alquiler, en la calle Torrijos del barrio de Gràcia. El grupo creció y se incorporaron nuevas familias, hasta estabilizarse en torno a las 11 familias. Ello permitió consolidar la contratación de dos educadoras y mudarse a un local propio de alquiler en el mismo barrio, en la calle Encarnació, en enero de 2014.

Después de dos años, algunas familias emigraron de regreso a sus países, fruto de la

agudización de la crisis económica, otras dejaron el proyecto y acudieron a la educación pública gratuita que en España es a partir de los 3 años, pero algunas de las fundadoras y muchas nuevas incorporaciones siguieron adelante con este ejemplo de economía cooperativa, de colectivización de los cuidados y de educación libre, amorosa y respetuosa, en el mero corazón del cooperativismo catalán. La Mainada en el curso 2015-2016 tenía 14 familias, cuyos pequeños oscilaban entre los 2 y los 6 años y contaba con dos educadoras/acompañantes contratadas, quienes planteaban las directrices pedagógicas del proyecto⁷.

La Mainada como experiencia de colectivización del cuidado

Como hemos venido señalando, una de las discusiones más frecuentes dentro del feminismo es lo que tiene que ver con el cuidado y el trabajo doméstico. Por un lado, las mujeres han conquistado el espacio público y el derecho a tener un empleo remunerado. No es deseable renunciar a ello. Sin embargo, la tensión -desde nuestro punto de vista- se encuentra en el seno del capitalismo y la relación que el trabajo guarda con él.

Por eso consideramos que, en un contexto de rescate de los comunes, deberíamos pensar en claves decrecionistas, feministas y anticapitalistas. ¿En qué se traduciría todo ello? Por un lado, en el sentido decrecionista, en tomar en serio la premisa de que el trabajo reproductivo y de cuidados de las personas y de la naturaleza siempre será más importante que el trabajo productivo-remunerado.

Por otro lado, en el feminista, en situar los cuidados y el trabajo doméstico en el centro, revalorizar todos aquellos saberes infravalorados y pensar en prácticas que nos permitan colectivizar este tipo de trabajo, piedra angular del bien común.

Y, por último, en el anticapitalista, a través del cual se busca distanciarse de la lógica productivista que pone los beneficios por encima de las personas. En efecto, desde esta mirada, se buscarían vidas que merezcan la pena ser vividas.

⁶ Pamadres o Mapadres es un término acuñado en el argot de los grupos de crianza y proyectos de educación libre para referirse tanto a las madres como a los padres y escapar del universal masculino "padres".

⁷ Aunque La Mainada inició su actividad en 2012 con niños de 1 año, posteriormente la franja de edad se definió en el intervalo de 2 a 6 años, como pudimos observar en junio de 2016.

Por ello, es importante poner el acento en los cuidados. Así, como sugiere Ezquerro (2014), la des-responsabilización pública hacia los cuidados como eje central de la gestión política de la crisis económica constituye un mecanismo de acumulación por desposesión, en el cual los cuidados se convierten en el bien que está siendo cercado. Los cuidados -prosigue la autora- son motores de la reproducción social, que no deberían estar regidos ni por la lógica mercantil, que los convierte en un bien privado, ni por la lógica patriarcal, que los recluye al trabajo no remunerado -e invisibiliza- de las mujeres en el hogar.

Frente a ello, Ezquerro (2014) propone la conceptualización de los cuidados como bien común con dos objetivos: (a) para visibilizar su importancia en la estructura económica, y (b) para hallar posibles alternativas más democráticas y más colectivas. Líneas más adelante, la autora advierte que, si bien es cierto que una de las reivindicaciones del movimiento feminista ha sido el reparto de las tareas del cuidado en el hogar, a la práctica, esta medida parece no ser suficiente. Por eso, Ezquerro apuesta por el cuidado como bien común. En sus propias palabras:

Un desplazamiento de los cuidados hacia "lo común", de esta manera, posee el potencial de superar los límites de repartos a escalas meramente familiares y de instalar el cuidado y la reproducción como actividades asumidas por amplios sectores de las comunidades y la sociedad más allá de los intereses de los mercados y/o los vaivenes de un Estado cada vez más subordinado a éstos (Ezquerro, 2014, p. 39).

Sin embargo -advierte Ezquerro (2014) siguiendo a Mies- no hay bienes comunes sin comunidad, por lo que repensar la organización social del cuidado desde otras miradas conlleva una reestructuración de nuestras sociedades en su totalidad: de cómo nos relacionamos con el trabajo remunerado, de los procesos de individualización y atomización social, de las relaciones de poder (y no solo de género) que caracterizan nuestras vidas cotidianas. Pues bien, pensamos que la experiencia de La Mainada fue totalmente en esta dirección.

Como hemos dicho, aunque no fuese concebida desde una mirada feminista, sí que fue pensada bajo la intención de crear comunidad, de crear una tribu. Poco a poco, fuimos concibiendo este sujeto colectivo en el que las familias nos fundimos para ser un núcleo comunitario aún más amplio.

Desde las primeras experiencias con nuestros pequeños y pequeñas en el parque, este grupo de madres y padres primerizos nos fuimos espejeando en nuestros miedos, nuestros deseos y nuestras alegrías. Compartir la responsabilidad de este cuidado se hizo nuestro objetivo número uno. Y la prueba de ello fue la relación que cada cual fue construyendo con las demás personas adultas y, especialmente con los otros/as pequeños/as.

Saber que podías contener al hijo o hija de alguien más cuando se despedían, que podías observarla, alimentarla, cambiarla y brindarle cariño, de la misma forma en que otras personas adultas podían hacerlo con tu propia hija cuando tú no estabas, era la principal garantía de que La Mainada se convertía en una tribu y que el cuidado era un bien común.

Creemos que algunos de sus integrantes lo teorizaban así, pero quizá no todos. De cualquier manera, lo más importante es que a la práctica el cuidado sí que estuvo en el centro y la responsabilidad fue compartida.

En cuanto a las relaciones de género al interior del propio grupo, cabe señalar que no siempre se subvirtieron. Por una parte, los hombres continuaron con la tendencia a ocupar más protagonismo en las asambleas, pero las mujeres, a diferencia de otros espacios, también se hacían escuchar. Por otro lado, la educadora/acompañante era una mujer, a quien intentamos brindarle condiciones de trabajo justas y no ofrecer, en la medida de nuestras posibilidades, un trabajo precario.

Como ya dijimos, madres y padres también hacíamos turnos de presencia en el espacio junto con la educadora/acompañante. Lo que nos permitía estar con nuestros propios/as hijos/as y aprender sobre educación libre y acompañamiento amoroso-respetuoso. Por tanto, si bien la mayor parte de los turnos eran cubiertos por madres, por los mismos motivos -relacionados con la actual crisis económica y un contexto de precariedad en el sur de Europa- también había una presencia importante de algunos padres en el día a día de La Mainada. De esta forma, podía darse incluso el caso de que solo hubiese hombres cuidando a los y pequeñas; y las mujeres se quedaban completamente tranquilas sabiendo que estos hombres eran capaces de hacerlo.

La Mainada -como hemos dicho- no es la única experiencia de crianza compartida en Barcelona, pero sí que está en la línea de otros proyectos cooperativos y solidarios que buscan alternativas frente a un modelo patriarcal

y capitalista. A nuestro parecer, la Mainada es, pues, una experiencia concreta de poner el cuidado en el centro y asumirlo como un bien común.

Conclusión

Para cerrar, sólo nos resta decir que hasta que asumamos que el trabajo doméstico y el cuidado no solo son una responsabilidad de todos y todas como sociedad, sino que son una condición sine qua non para la reproducción social misma, no seremos capaces de repensar por completo el modelo político y económico.

Creemos firmemente que la tradición cooperativista catalana tiene una línea de relación en el tiempo y no es casualidad que, en un contexto de crisis capitalista, de experiencias altermundistas y del surgimiento de un amplio movimiento como el 15M, resurjan nuevos modelos cooperativos y que uno de ellos sea, precisamente, el de la crianza compartida.

Pensamos también que estos modelos en concreto ponen el cuidado en el centro y lo asumen -como sugiere Ezquerria (2014)- como un bien común. Y, en ese sentido, coinciden con las propuestas de la economía feminista.

Pues bien, La Mainada, el proyecto de crianza compartida en el que hemos participado, es una más de estas experiencias que contribuyen a formar tribu y a reapropiarnos de los comunes. Esperemos que ello pueda inspirar a otras y a otros.

Referencias

- CARRASCO, C. 2001. La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de mujeres? *Mientras tanto*, 82:43-70.
- CARRASCO, C. 2009. Mujeres, sostenibilidad y deuda social. *Revista de Educación*, número extraordinario:169-191.
- COL·LECTIU INVESTIGACIÓ. 2005. *Recerca Actívista i Moviments Socials*. Barcelona, Viejo Topo/ Fundació Jaume Bofill, 208 p.
- EZQUERRA, S. 2010. La crisis de los cuidados, orígenes, falsas soluciones y posibles oportunidades. *Viento Sur*, 108:37-42.
- EZQUERRA, S. 2014. El género en el corazón de la crisis: hacia los cuidados como bien común. In: XIV Jornadas de Economía Crítica. Perspectivas Económicas Alternativas, Valladolid (España), 2014:29-182. Disponible en: http://www.socioeco.org/bdf_fiche-document-3358_es.html. Acceso el: 09/09/2015.
- FEDERICI, S. 2012. *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid, Traficantes de Sueños, 285 p.
- FRANÇA, J. 2013. Las cooperativas obreras de Gracia, parte de la historia invisible del barrio. *El Diario.es*. Disponible en http://www.eldiario.es/catalunya/cooperativas-obreras-Gracia-historia-invisible_0_165533724.html. Acceso el: 15/08/2015.
- GARCÍA, J. 2010. El cooperativismo que viene. *Nexe, quaderns d'autogestió i economia cooperativa*, 33:8-15.
- GONZÁLEZ, R.; ARAIZA, A. 2016. Feminismo y okupación en España: El caso de la Eskalera Karakola. *Sociológica*, 87:207-236.
- GRUPO DE FEMINISMOS DESAZKUNDEA. 2013. Decrecimiento feminista: Una perspectiva desde los comunes. In: ECONOMISTAS SIN FRONTERAS (coord.), *El procumún y los bienes comunes*. Madrid, Economistas sin Fronteras, p. 17-23.
- IZQUIERDO, M.J. 2004. Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: hacia una política democrática del cuidado. In: CONGRESO INTERNACIONAL SARE, *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*. Barcelona, Emakunde/ Instituto Vasco de la Mujer, p. 1-30.
- JOANIQUET, J. 1965. Historia del Movimiento Cooperativo en Cataluña. *Estudios Cooperativos*, 7:3-20.
- MIRÓ, I. 2010. El quart impuls (cooperativisme, treball immaterial, creativitat, territori). *Nexe, quaderns d'autogestió i economia cooperativa*, 26:5-12.
- MIRÓ, I.; DALMAU, M. 2014. *Joan Rovira Marqués: El cooperativisme obrer i col·lectivista*. Barcelona, Cossetània Edicions, 88 p.
- PÉREZ OROZCO, A. 2011. Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida. *Investigaciones Feministas*, 2:29-53.
- SHIVA, V. 1992. Women's Indigenous Knowledge and Biodiversity Conservation. *Indian International Centre Quarterly*, 19(1/2):205-214.
- TORNS, T. 2008. El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género. *Empiria: Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 15:52-73. <https://doi.org/10.5944/empiria.15.2008.1199>
- VALENZUELA, H.; MOLINA, J.L.; LOBATO, M.; LUBBERS, M.J. 2015. Empresas sociales en Cataluña: ¿Cambio de paradigma o estrategia de clase media? *Otra Economía*, 9(17):177-186.

Submitido: 27/01/2016

Aceito: 12/09/2016